

El verdadero derrotado de resultas del conflicto creado por aquella célebre sesión lo fué Mendizabal, para quien desapareció la envidiable perspectiva de haber sido el fundador de un orden de cosas á la vez conservador y liberal, que hubiese dotado al país de instituciones populares exentas de las exageraciones á que todavía repugnaba una parte muy crecida de la nación. En medio del disgusto que le produjo un desenlace que estuvo en su mano haber evitado, pensó Mendizabal en presentar su dimisión. Pero desistió de ello en presencia de la dificultad que la corona encontraría en formar un nuevo ministerio, al que no era posible fuesen llamados los moderados, sin correr el inminente riesgo de un nuevo alzamiento de las provincias, é influido por esta consideración de patriotismo no ajeno tampoco á estímulos de amor propio, creyó atenuar la responsabilidad que contraía acudiendo á la Reina en demanda del decreto de disolución, habiendo consultado sobre tan grave asunto al Consejo de gobierno nombrado por Fernando VII, rueda ya gastada y casi anulada de hecho desde la caída del gabinete Toreno.

No componían aquel cuerpo hombres de un temple que les estimulase á imitar el ejemplo de los senadores romanos que sentados en sus sillas curules esperaron impávidos la muerte de manos de los galos vencedores. No se hallaban dispuestos aquellos consejeros á arrostrar las iras de la propaganda progresista, ansiosa por arrollar á cuantos pudiesen poner obstáculos á su triunfo; y tanto el Consejo de gobierno como el de las órdenes, expresaron su opinión contraria á que se retirase Mendizabal y favorable á la disolución, cuyo decreto leído en el Estamento de procuradores el 27, fijaba para igual día del siguiente mes de febrero las elecciones que debían verificarse con arreglo al sistema del Estatuto, sistema que reducía el cuerpo electoral á la docena ó poco más de individuos que componían en cada distrito el municipio y á los que se agregaba igual número de mayores contribuyentes.

No podía ser más palpable la negación de principios en que incurria una situación que, pretendiendo ser liberal por excelencia, para reemplazar una mayoría estatutista daba la preferencia al elemento restringido de una elección casi oficial, único resultado á que podía conducir el sistema electoral de 1834, sustituido al amplio sufragio propuesto por los sostenedores del sistema recomendado por *El Español*.

CAPITULO IV

La guerra en el Norte.—Arlaban

Planes carlistas.—Sistema de Córdoba.—Corta y fructífera campaña de Eguía.—Acciones de Orduña y Unzá.—Pérdida de Lequeitio.—Penuria del ejército.—Exposición apologética del general Córdoba.—Su dimisión.—Queda Córdoba al frente del ejército.—Sucesos militares del Norte, de enero á mayo.—Victorioso ataque de las líneas de San Sebastian.—Segunda campaña de Córdoba.—Juicio crítico sobre las operaciones del mes de mayo en la cordillera de Arlaban.

Las perplejidades que al comenzar el año de 1836 preocuparon el ánimo del general en jefe del ejército del Norte, tu-

Rosa, Romo, Izaga, Gonzalez (don J. Gualberto), Marqués de Falces, Diez Gonzalez, Mantilla, Navia Osorio, Conde de Toreno, Menendez Luarca, Orense, Llorente, Villalar, Agreda, Gonzalez Perez, Lopez del Baño, San Clemente, Gonzalez Nieto, Perpiñá, Campillo, Anaya, Latorre, Ciscar y Oriola, Conde de Adanero, Fleyx, Ciscar, Ruiz de Bucesca, Marqués de Someruelos, Moscoso de Altamira, Vega y Rio, Garay, Polo y Monge, Del Rey, Joven de Salas, Arango, Camba.

Lista de la minoría

Cano Manuel, Rodriguez Vera, Abarques, Lopez, Osca, Chacon, Somoza, Ciaros, Acuña, Marqués de Montevirgen, Becerra, Calderon de la Barca, Martel, Dominguez, Leon Bendicho, Calderon Collantes, Marin, Llano Chavarri, Torrens y Miralda, García de Atocha, García Carrasco, Ontiveros, Alcalá Galiano, Isturiz, Cuevas, Alcalá Zamora, Lopez de Pedrajas, Conde de las Navas, Sanchez Toscano, Espinosa, Flores, Belmonte, Caballero, Acebedo, Flores Estrada, Argiuelles, Marqués de Villegarcía, Pardo Bazan, Orús, Conde de Huts, Parejo, De Pedro, Cortés, Crespo de Tejada, Ochoa, Fuster, Ruiz de Carrion, Ayarza, Alvarez García, Aguirre Solarte, Cano Manuel y Chacon, Serrano (don Ginés), Carrillo Manrique, Ferrer, Pizarro, Santafé, Torres y Solanot, Aranda,

vieron por objeto las instancias del ayuntamiento y pueblo de San Sebastian, que molestados por el rigor del bloqueo que sufrían de los carlistas, instaban sin cesar, acudiesen fuerzas del ejército á remediar una situación que hacia mas violenta para el vecindario de la capital de Guipúzcoa la circunstancia de que el enemigo tenía á su disposición trincaduras, pudiendo por su medio operar sobre la marina, ventaja de la que creían los leales de San Sebastian hubieran debido exclusivamente disfrutar los cristinos de los pueblos de la costa, toda vez que se hallaban á disposición del gobierno elementos marítimos que no estaban tan al alcance de la facción.

Pero el general Córdoba que debía atender á análogas reclamaciones de todos los puntos de la extensa línea que tenía que cubrir el ejército, conceptuaba que San Sebastian no corría en realidad peligro, si bien su vecindario tenía que sufrir provocaciones, y apreciaba todos los inconvenientes que realmente habria ocasionado una marcha del grueso del ejército con el solo objeto de hacer levantar el bloqueo. Sin embargo y para cubrir su responsabilidad, Córdoba reunió un consejo de guerra cuya deliberación tenía por objeto modificar ó confirmar su propio juicio sobre la marcha á Guipúzcoa. Reunióse en efecto el consejo, y después de una amplia y libérrima deliberación, opinaron por unanimidad los generales y brigadieres que á él concurrieron, no ser conveniente emprender el movimiento acerca de cuya oportunidad eran consultados. Aunque el ministro de la Guerra conde de Almodovar, no pudo asistir al consejo por hallarse indispuerto, se hizo representar por don Miguel de Imaz, oficial de su secretaría, y posteriormente aprobó el acta.

No obstante lo acordado por la junta de generales, no perdía Córdoba de vista los apuros de San Sebastian, y como acabó por disponerlo, hizo cuanto era practicable en favor de la situación de aquella plaza, no obstante lo limitado de los medios de que disponía y las privaciones que en punto á víveres y equipo comenzaba á experimentar el ejército. Era tan pronunciada la impaciencia de la opinión, las exigencias de la prensa y las instancias del gobierno por que el ejército se moviese y emprendiese operaciones, que no pudiendo Córdoba resistir á la presión moral de que era objeto, determinó intentar algo sobre la línea de la cordillera de Arlaban ocupada por el enemigo al extremo norte de la llanura de Alava.

Apenas hubo apuntado el movimiento del ejército de la Reina, Eguía dirigió refuerzos á Mondragon y á Salinas, puntos ocupados por las avanzadas de su ejército. Púsose en marcha el de la Reina formando su derecha la brigada británica y algunos batallones españoles, cuerpos que apoyaron su movimiento hasta emparejar con la altura del pueblo de Guevara. Formaba el centro la legion francesa y las divisiones Rivero y Cleonard, teniendo Arroyabe y Ulibarri, y sido destinado Espartero á formar el ala izquierda. Llegado al frente de las posiciones del enemigo, Córdoba, que habia dispuesto sus fuerzas para el combate, las animó haciendo circular entre sus filas la siguiente orden del día:

«Compañeros: Confiado y orgulloso el enemigo sobre la cordillera de Arlaban, parece retar nuestro esfuerzo, olvidando los escarmientos que recibió en tantas otras posiciones más célebres. Yo he recogido el guante y para satisfacer vuestro ardimiento os conduzco al combate, es decir, á la victoria.

»Que todos y cada uno recuerden hoy las mayores obligaciones que hemos contraído con la patria, con el trono y con la reputación de este valiente ejército; ella es nuestra honra y nuestra vida; pero los grandes elogios y premios recibidos, servirán á labrar nuestra afrenta, si brillase, soldados, un solo día aciago en que pudiéramos perder los buenos títulos con que supo conquistarlos vuestro valor y vuestra constancia.

Eros, Villachica, Laborda, Ortiz de Velasco, Kindelan, Mojarrieta, Ayala, San Just.

Se abstuvieron de votar

Montes de Oca, Tosquella, César, Heredia, Vallarino, Alvarez Pestaña, Jalon y Jalon, Cáceres, Crespo Rascon, Marqués de Torremejía, Martí, Boneo, San Simon, Quintana.

»Compañeros, no os pido vuestra confianza; sé hasta donde son grandes en este punto mis obligaciones con el ejército; pero sí que observéis aquel orden perfecto que asegura el triunfo en los combates y honra las armas en todas circunstancias.

»Valientes y generosos extranjeros que venís á pelear por los progresos de la civilización; vamos poseídos de una generosa rivalidad, á ver á qué nacionalidad adjudica hoy la fortuna sus favores, la victoria su mejor corona.

»Mi corazón la desea y la disputa para los soldados de mi patria, es verdad; pero mi equidad la adjudicará á los que más lisonjados por la suerte, tengan mejor ocasión de merecerla. El lazo que ha unido nuestros esfuerzos é intereses, iguala los derechos de todos los que combaten por la causa de la libertad.

»Soldados españoles, vamos á conducirnos como los primeros veteranos que tuvo ella en Europa.

»En mi cuartel general de Vitoria á 16 de enero de 1836.—El general, Córdoba.»

El plan de ataque tuvo por objetivo el frente de la línea enemiga, al mismo tiempo que procuró Córdoba envolver sus costados, y dirigidos al efecto algunos batallones contra Guevara y la cordillera de Arlaban, la hallaron vigorosamente defendida por Villareal con cuatro tercios alaveses y dos vizcainos, estos últimos al mando de La Torre. La principal altura la defendía Goñi con batallones navarros, castellanos y alguna fuerza de caballería.

No obstante la firmeza con que los carlistas mantenían sus posiciones, los liberales avanzaron hasta Arroyabe. La bizarria del empuje obligó al enemigo á replegarse sobre lo más empinado de la cordillera, pero hizo alto en los caseríos llamados Ventas de Arlaban, en cuya nueva posición esperó á pie firme.

Hacia aquel punto dispuso Córdoba que desplegasen numerosas guerrillas, seguidas por el regimiento de la Princesa á cuyo frente marchaba su coronel don Ramon María Narvaez, quien llevaba además á sus órdenes dos batallones de la legion francesa.

Llegado que hubo á la meseta, punto de partida para el ataque contra las alturas que ocupaba el enemigo y desde las que dirigía un fuego mortífero, hizo Narvaez formar los batallones franceses para que estuviesen resguardados de las balas al abrigo de las Ventas, y dirigiéndose á sus soldados los arengó enérgicamente, estimulándolos á que en presencia de los extranjeros sus aliados, les hiciesen ver que no habia degenerado el valor de los antiguos tercios castellanos; y sirviéndose de frases demasiado soldadescas para ser reproducidas por escrito, púsose á su frente y dando la señal de acometida trepó la cordillera en medio de un diluvio de balas. El regimiento de la Princesa llegó á la altura de la que desalojó á los carlistas, pero su coronel quedó tendido atravesado de un balazo en el cráneo, de resultas de cuya herida estuvo á las puertas de la muerte. El general en jefe, de quien Narvaez habia sido compañero en el regimiento de Guardias Españolas, corrió sabedor del peligro en que su amigo se hallaba, y abrazándolo conmovido exclamó, como para justificar la predilección con que miraba á Narvaez y lo rápidamente que habia contribuido á su carrera:—«No extrañarán ustedes, señores, que quiera tanto á un hombre que nos sirve á todos de modelo.» Y en verdad que no habia lisonja en las palabras de Córdoba juzgando á Narvaez, considerado como soldado, pues en aquellos mismos momentos el general francés Bernelle que habia presenciado el denuedo del coronel de la Princesa, exclamó delante de sus oficiales:—*Il n'y a rien de si beau comme le colonel Narvaez dans un jour de bataille.* (Nada hay tan bello como el coronel Narvaez en un día de batalla.)

Aunque arrojados de la posición ganada por el regimiento de la Princesa, los carlistas reforzados por batallones de refresco, se hicieron fuertes á algunos centenares de metros más arriba. Conociendo entonces Córdoba lo decisivo del momento, hizo avanzar á los franceses y á la brigada Rivero; tropas que con valor superior á todo elogio arrollaron al enemigo y acabaron de apoderarse de las alturas. En aquel notable hecho de armas ganó merecido renombre de valentía, el que, brigadiero aquel día, conquistó la faja que debía llevar, el general don Felipe Rivero.

No fué menos distinguido el comportamiento de la legion francesa que operaba sobre la izquierda. El centro dirigido por Córdoba en persona, no pudo sacar todas las ventajas que se prometía este jefe, por no haber llegado á tiempo los cuerpos que debieron concurrir al movimiento. La oscuridad de la noche que no tardó en sobrevenir detuvo las operaciones, y el ejército, conservando el terreno que habia conquistado, vivaqueó sobre el campo de batalla, no obstante la inclemencia del tiempo, habiendo sido la noche muy fría, de mucha agua y á pesar de hallarse el ejército muy mal preparado para dormir al raso, vestidos como todavía lo estaban los soldados con prendas de verano.

De Vitoria á Salvatierra la legion inglesa vióse cargada por fuerzas superiores, pero supo hacer denodado frente al enemigo, distinguiéndose en aquella jornada el brigadier Chinchester, el coronel Churchill y los granaderos de Westminster.

A la madrugada del siguiente día Villareal, que habia frente á los ingleses, marchó precipitadamente á reforzar á Eguía que ocupaba á Salinas; dióle este el parabien por lo oportunamente que acudía, añadiendo que lo encontraba en el momento mismo en que iba á escribir su dimisión y á enviársela á don Carlos. «¿Y por qué piensa V. en eso, mi general? le dijo Villareal.—Porque esta guerra, amigo, contestó el veterano, es para muchachos.»

Entrado que fué el día se renovó la batalla de la víspera. Espartero, que se habia incorporado al grueso del ejército, ocupaba el centro de la línea; pero una espesa niebla dificultaba las operaciones, de cuyas resultas no pudo formalizarse el ataque hasta las doce del día.

Una fuerte columna carlista amenaza envolver á los franceses que se defienden bizarramente, pero reforzada aquella por Sopelana, tienen los legionarios que retroceder á las Ventas. A la derecha carlista la contiene con éxito, y sin permitir que adelante, la proverbial bravura del general Espartero.

Las dos jornadas de Arlaban hacen honor á las armas españolas fratricidamente empeñadas en verter en ellas copiosamente la generosa sangre de los combatientes de ambos campos. Ganó Córdoba aquellos días el concepto de entendido general, sin que esto quiera decir que las operaciones realizadas hicieran adelantar cosa alguna al estado de la guerra, pues ambos ejércitos conservaron el mismo terreno que ocupaban antes de venir á las manos, sin haber llegado á otro resultado que al de la ostentación del valor desplegado por los jefes y soldados de los dos ejércitos. Eguía esperó á pie firme á Córdoba, el que si bien conquistó el campo de batalla no logró su permanente ocupación, ni aunque se hubiese adelantado tomando territorios dominados por el enemigo, hubiera podido conservarlos atendidas las condiciones en que los beligerantes se hallaban.

No podía, en efecto, el general Córdoba hacerse ilusiones sobre la insuficiencia de los medios con que operaba y la poca confianza que debía animar al jefe encargado de la defensa de una causa, cuyos sostenedores en el territorio sobre el que se extendía la autoridad del gobierno, ardían en divisiones y se hacían cruda guerra unos contra otros.

Veíase, sin embargo, Córdoba en la dura alternativa de tener que operar á despecho de las condiciones más desventajosas, obligado á ello por no dar mayor pábulo á las recriminaciones que un deplorable extravío de la opinión pública dirigía al ejército por su inacción; ingrata coyuntura de la que solo hubiera podido escapar anticipándose á dar la dimisión que se vió obligado á presentar más tarde.

Seguros los carlistas de no poder ser atacados en su propio territorio, pensaron seriamente en expediciones á las provincias interiores, y no pudo en su consecuencia prescindir Córdoba de aprestar divisiones del ejército destinadas á perseguir á las columnas enemigas que intentasen abrirse paso en dirección de Asturias, de Galicia ó de Aragón. Para contrarrestar la que tratase de penetrar al Noroeste de la Península fué designado el general Espartero, y en seguimiento de la que tratase de invadir á Aragón nombróse al general Tello. Las legiones extranjeras quedaban á la custodia de la llanura de Alava, ínterin el general en jefe se preocupaba de la fortificación de Peñacerrada y de la ocupación del condado de Treviño, de

cuyo rico territorio esperaba sacar abundantes recursos. Después de esta indispensable distribución de fuerzas, solo quedaban á Córdoba una brigada española y otra francesa para atender á la proteccion de los valles que habian vuelto á levantarse en favor de la Reina, mantener expeditas las comunicaciones con Francia, acudir á probables ataques del enemigo sobre la línea del Ebro, y sacar al ejército de la inactividad que tanto preocupaba al gobierno y á la opinion.

El movimiento sobre los valles á que tanta importancia y no sin falta de fundamento daba el general Córdoba, se anticipó y le creó evidentes embarazos, toda vez que la conservacion de aquellos territorios que tanto empeño habia mostrado Mina en asegurar, exigía el constante empleo de una fuerte division, al mismo tiempo que tenia el ejército que guarnecer muchos puntos fortificados y levantar el sitio de otros bloqueados, atenciones para las cuales eran evidentemente insuficientes, tanto las tropas como los recursos de que Córdoba disponia.

Consideró por aquel tiempo el conde de Almodovar terminada su mision, y emprendió su regreso á la corte, siendo acompañado hasta la Puebla de Arganzon por el general en jefe, quien recibió del ministro los mas evidentes testimonios de aprobacion de todos sus planes de campaña.

General entendido y hombre pensador, preocupaba sobremano al caudillo del ejército de la Reina la importancia de preparar el éxito de las operaciones militares por el acertado uso de medios morales que las favoreciesen, y en este sentido, y segun lo dejamos anteriormente consignado, mostraba grande interés en asegurar la cooperacion de los habitantes de los valles del Roncal, Allescoa y Salazar. El armamento ya efectuado de los de Hecho y Ansó en Aragon, debia ligar á los pueblos colindantes con Navarra en comunes esfuerzos en pro de la causa liberal. Para mejor secundar la actitud en que se proponia colocar á aliados que tan útiles creia podian serle, estableció Córdoba una línea de puntos fortificados que desde Berdun se prolongaba á Sadova y Salvatierra, conexionando dicha línea con otra que desde Pamplona llegaba á Lumbier, sistema que enlazaba el curso de los tres rios el Aragon, el Arga y el Ebro, y las comunicaciones del primero con Francia.

Deseoso Córdoba de poner en ejecucion su sistema de bloqueo del territorio vascongado, dirigióse á la frontera con la idea de conferenciar con el general Harispe, jefe del distrito militar de Bayona, de quien se proponia obtener que cuerpos del ejército francés, adelantasen su línea de observacion sobre la frontera, y caso de no lograrlo, esperaba obtener la vènia de Harispe para que algunos cuerpos españoles pudiesen efectuar su paso por el territorio francés á efecto de hacer su entrada en España por la espalda de las posiciones ocupadas por los carlistas, siendo el principal objeto que Córdoba en ello se proponia el de destruir, en union con la guarnicion de San Sebastian, las fortificaciones levantadas por el enemigo á orillas del Bidasoa.

No pudo el general francés por hallarse enfermo acudir al punto de la frontera en que debia haberse verificado la entrevista, y hubo de limitarse la cooperacion que de la autoridad francesa recibió Córdoba á haberle facilitado el armamento y municiones de que necesitaba para los valles.

En su expedicion de Pamplona á la frontera visitó Córdoba el valle de Ulzama, habiendo mandado fortificar los pueblos de Zabalehica, Zubiri, Larrasoña y Burquete, á efecto de unir esta línea, prolongada que fuese hasta el primero de dichos puntos, con el sistema de proteccion en favor de los valles pronunciados.

Sagazmente trató de aprovechar el general en jefe carlista el paseo de su contrario á la frontera, y sacando partido de la circunstancia de haber caído una grande helada, á favor del temporal ocultó su intento á Evans y á Espartero encargados de observar sus movimientos, y habiéndolo logrado cayó de repente sobre Valmaseda que consiguió rendir á los tres dias de sitio, haciendo prisioneros 400 hombres del provincial de Tuy y apoderándose de cinco cañones y de un buen reposito de municiones de boca y guerra. Alentado por este triunfo, dirigióse Eguía aceleradamente á Mercadillo que igualmente tomó haciendo prisioneros cien hombres del antedicho batallon que lo guarnecian. Anteriormente y por otro

golpe de audacia se habian hecho los carlistas dueños de la villa de Guetaria, pero no del castillo que conservaron los liberales merced á los refuerzos y auxilios que recibieron de San Sebastian.

Infatigable en sus esfuerzos por sacar partido de los débiles medios de que disponia y á despecho de la inclemencia de la estacion que era rigurosísima y de la escasez de trasportes, de víveres y de dinero, marchó Córdoba á Lecumberri y amenazó á Tolosa y á la Borunda, con ánimo de atraer hácia él á los carlistas, alejándolos de los demás puntos que podian amenazar; pero fueron las nevadas tan continuas y tan copiosas que paralizaban todos los movimientos, no pudiendo la tropa salir de sus cantones por hallarse casi enterrada en nieve.

Engreído don Carlos con las ventajas obtenidas por sus partidarios y lisonjeándose de que los esfuerzos de estos y la proteccion del cielo acabarian por sentarlo en su suspirado trono, creyó oportuno el momento de dirigir la voz á los españoles en la forma que expresa el manifiesto inserto al fin del capítulo bajo el número I.

Noticioso Espartero en Peñacerrada de que el enemigo preparaba una probable invasion á Castilla, dirigióse á marchas forzadas á Medina de Pomar y Villarcayo, movimiento que inutilizó Eguía tomando otro rumbo y presentándose ante Plencia, cuya rendicion aceleró por medio del incendio del caserío, entrando por capitulacion en la plaza y haciendo en ella 250 prisioneros del provincial de Mondoñedo y 70 nacionales cuya libertad hubo de costar á estos un rescate; coronando Eguía sus trofeos con la posesion de trece cañones y de armas y municiones en abundancia.

En quince dias habia conquistado el jefe carlista tres puntos fortificados, hecho cerca de mil prisioneros y abundante acopio de útiles y pertrechos de guerra, ganancia positiva y palpable, á la que no podian oponer los liberales otro contrapeso que el del valor de sus soldados y las esperanzas fundadas por Córdoba en la cooperacion de los valles y en su sistema de bloqueo. Las dificultades con que este general luchaba, la material imposibilidad que claramente ofrecia el intentar una campaña decisiva en las condiciones en que la guerra se hallaba, recomendaban, en vez de desvirtuarlo, el sistema de las líneas y demás medios de lenta pero segura ejecucion, que constituian el plan hábilmente concebido, pero que no le fué dado completar, al ilustre general de la Reina. Luchando con el encruceado temporal que reinó constante en las provincias del Norte en febrero y marzo de aquel año y siempre falto en punto al servicio de hospitales y al de víveres y demás recursos que exige toda guerra empeñada en grande escala, llegaba Córdoba de Navarra á Vitoria el 4 de marzo y era informado de la pérdida de Valmaseda, Plencia y Mercadillo, sucesos acerca de los cuales la justificacion del general respecto á no haber socorrido aquellos puntos, era completa en el mero hecho de que no dieran tiempo sus defensores para que pudiera acudir fuerza en su auxilio, toda vez que se rindieron inmediatamente, habiendo durado solo tres dias la defensa del que mas se resistió.

Dió Córdoba nueva distribucion á las tropas de su mando formando un cuerpo de ejército para la izquierda de su línea, cuerpo cuyo mando confió al general Evans, nombramiento del que tuvo fundado motivo para resentirse Espartero, cuyo patriotismo brilló en aquella ocasion no suscitando reclamaciones ni embarazos que habrian sido perjudiciales para la causa de la Reina.

La crónica de aquellos dias hizo platillo de un humorístico episodio entre el jefe carlista Elio y el coronel don Fernando Fernandez de Córdoba, hermano del general en jefe, episodio que dió ocasion á una correspondencia encaminada á convenir en las condiciones de un propuesto reto dirigido á que un determinado número de soldados de ambas armas y en representacion de sus respectivos campos, lidiasen en singular combate, por quién, si de los carlistas ó de los liberales, debia quedar la palma del valor y de la superioridad guerrera. No tuvo consecuencias aquella extravagancia, de la que no correspondia hacer mérito á no haber hallado cabida en la crónica de la guerra civil.

Justamente ufano de las recientes ventajas que habia adquirido, dióse Eguía la satisfaccion de enviar á su Rey las banderas de sus prisioneros, los urbanos de Plencia, acompañadas de la lista de los sargentos, cabos y soldados del ejército de la Reina que habian tomado partido en las filas de don Carlos.

Hallábase Espartero en Berberana á los primeros dias del mes de marzo, y dirigiendo un reconocimiento sobre Orduña, no vació en penetrar en la poblacion, fuertemente ocupada por los carlistas. Hacia parte de la fuerza liberal el regimiento de húsares de la Princesa, el que por anteriores hechos de guerra se hallaba algun tanto desconcepuado en el ejército. Pero animado aquel dia dicho cuerpo por hallarse á su frente los bizarros coroneles don Juan Zabala y don Pedro Regalado Elio, hicieron los húsares prodigios de valor, y arrollaron á los carlistas con pérdida para estos de doscientos hombres y de seis cajas de guerra. El último de dichos jefes encontró aleve muerte á manos de un prisionero que aun conservaba su fusil. Justamente impresionado Córdoba de la pérdida de tan digno oficial, y con objeto de honrar su mérito al mismo tiempo que su memoria, y de dar á la familia de Regalado Elio una prueba del aprecio que aquel merecia á sus compañeros de armas, ordenó que la division guardase luto por tres dias y que durante la campaña al pasar revista el regimiento de húsares de la Princesa, el comisario de guerra llamase á Elio por su nombre y apellido, á lo que debia contestar el soldado que ocupase la cabeza de la formacion: *Muerto en el campo del honor por la causa de la patria, despues de haber cubierto de gloria á este regimiento y al ejército del Norte en el que sirvió de voluntario.*

Dispuso al mismo tiempo el general en jefe que el dia que señalase Espartero, se hiciesen á Elio exequias funerales como brigadier, siendo costeada la funcion por suscripcion voluntaria de las planas mayores del arma de caballería, y colocándose sobre su sepulcro una lápida con la inscripcion que los oficiales de húsares acordasen.

La orden general del ejército consignó estos hechos, conmemorando en ellos un lance de guerra que valió al regimiento de húsares la acrisolada reputacion que en adelante conservó incólume y engrandecida.

A mediados de dicho mes dispuso Córdoba un simple reconocimiento del campo atrincherado de Villareal, cuyo formal ataque no quiso llevar á cabo, juzgándolo operacion, si bien asequible, que debia costar pérdidas no justificadas por los resultados que de ella podrian esperarse; pero resolvióse á reforzar las defensas de Bilbao y de Portugaleta, corriéndose al dia siguiente sobre el campo atrincherado de Guevara, cuyas obras destruyó en pocas horas, sin que pudiera estorbarlo la guarnicion del castillo.

Reuníase el dia 19 la division de Mendez-Vigo con la de Ezpeleta en Valmaseda, interin Espartero se dirigia hácia Orduña ocupado por los carlistas.

La division Rivero, aunque separada de Espartero, obraba paralelamente, circunstancia de la que trató de aprovecharse el enemigo interponiéndose entre ambas fuerzas, con la esperanza de batir sucesivamente uno y otro cuerpo; pero Espartero penetró sagazmente el intento del enemigo y supo frustrarlo, trabándose en las inmediaciones de Unza una reñidísima pelea, en la que los dos contendientes hicieron prodigios de valor. Tres horas duró el combate y hallábase indeciso, cuando impaciente Espartero y llevado de uno de aquellos movimientos generosos que tan frecuentes le eran en las ocasiones de peligro, corrió á caballo por el frente de su línea excitando á sus soldados y comunicándoles el fuego que en su pecho ardia. Electrizada la division á la voz de su héroe jefe, se precipitó sobre los carlistas, á los que hizo abandonar el campo de batalla.

Aquella accion, parecida á otras de las que ya hemos hecho mérito y á las que siguieron otras varias en análogas condiciones, se reducia á brillantes duelos militares, á motivos de satisfaccion para pundonorosos soldados, que satisfechos de sí mismos, siempre afrontaban denodadamente al enemigo sin volverle jamás la espalda, por mas que algunas veces debieran cederle el campo. Los partes que respectivamente dirigieron á sus superiores los generales de los dos ejércitos se atribuye-

ron recíprocamente la victoria, pero el del de la Reina cumplió un deber de justicia elogiando la bizarría del coronel don Leopoldo O'Donnell y del general Rivero, objetos de universales aplausos por su comportamiento en aquella sangrienta jornada.

El 20 de marzo fijaba Eguía su cuartel general en Llodio para dar descanso á su ejército que grandemente lo necesitaba, á consecuencia de las marchas y combates de los anteriores dias, al mismo tiempo que preparaba el ataque de la plaza fortificada de Lequeitio, cuya pérdida habia previsto Córdoba sin haber tomado disposicion alguna para impedirlo, considerando que la situacion de aquella plaza sobre la costa Cantábrica no permitia al ejército, cuya base de operaciones estaba muy distante, comprometerse para guardar un punto cuya importancia era relativa, y solo pudo tenerla cuando los pueblos de la marina, que sucesivamente habian ido cayendo en poder de los carlistas, se hallaban en el de las tropas de la Reina.

No fueron de grande importancia las escaramuzas y pascos militares que durante los restantes dias del mes de marzo tuvieron lugar en ambos campos. Las inmediaciones de Bilbao se hallaban siempre infestadas por columnas y destacamentos carlistas, que reducian al recinto de la plaza y al curso de la ria el terreno en posesion de los liberales. En la misma situacion se hallaba San Sebastian, á cuyas puertas, por decirlo así, se encontraban los carlistas; pero sobre ambos puntos era constante la vigilancia de Córdoba y en ningun caso hubiera consentido que aquellas importantes plazas se viesen estrechadas por los carlistas, sin acudir en su auxilio.

Segun se ha hecho ya sentir, Lequeitio debia ser el punto mas inmediatamente amenazado, y contra él se dirigió Eguía despues de la fácil correría que lo habia puesto en posesion de los demás puntos de la costa.

Las condiciones topográficas é hidrográficas de la amenazada villa habrian hecho su posesion importante si, como se ha dicho, los puntos de la costa no hubiesen ido perdiéndose uno tras de otro; pero tomados por el enemigo todos ellos menos San Sebastian, Bilbao y Portugaleta, el interés que realmente habia en que no cayese tambien Lequeitio en poder de Eguía, fundábase únicamente en la consideracion moral de lo adicta que su poblacion se habia siempre mostrado en favor de la causa liberal. A tal punto habia llegado el entusiasmo de aquellos habitantes, que hasta las mujeres formaron años atrás un batallon que se llamó de Amazonas de Lequeitio, hecho que basta para considerar con cuánta repugnancia veria su vecindario la proximidad del momento en que humillado se viese en poder de sus enemigos.

Pero esta misma consideracion acrecentaba en los carlistas el deseo y la satisfaccion de subyugar á sus heterodoxos paisanos. De los sentimientos de Eguía contra los liberales de Lequeitio participaban en igual grado los campesinos de sus alrededores, todos ellos partidarios del Pretendiente, y gozosos de contribuir á la derrota de los cristinos, llegaron hasta á enmendar la plana á los ingenieros que habian asegurado á Eguía no ser posible colocar las piezas de sitio en las eminencias desde donde únicamente podria ser certero el fuego contra la plaza. Pero los campesinos se sonrieron de las dificultades de la ciencia y con sus yuntas de bueyes subieron los cañones por los vericuetos que los oficiales facultativos habian juzgado inaccesibles. Llenaron su propósito los devotos labriegos, y con asombro y consternacion de los liberales de Lequeitio, fué rendido el fuerte considerado como la defensa inexpugnable de la poblacion. Tomado el castillo, tenia esta que renunciar á sostenerse y abrió sus puertas á los vencedores, quedando prisioneros los 800 hombres que entre tropas y urbanos defendian la villa, á la que la cuerda política de Eguía libertó del saqueo que á grito herido pedian contra aquel enjambre de liberales los enorgullecidos vencedores. Esa desgraciada campaña hizo en pocos dias perder los puntos de la costa con tanta rapidez, que no hubo materialmente tiempo para que Evans y Espartero, á quien Córdoba dejó suficientes fuerzas en la llanura de Alava, hubiesen podido operar segun lo exigiesen las circunstancias, pues aunque se hubiesen puesto en movimiento al primer aviso de la marcha de Eguía sobre